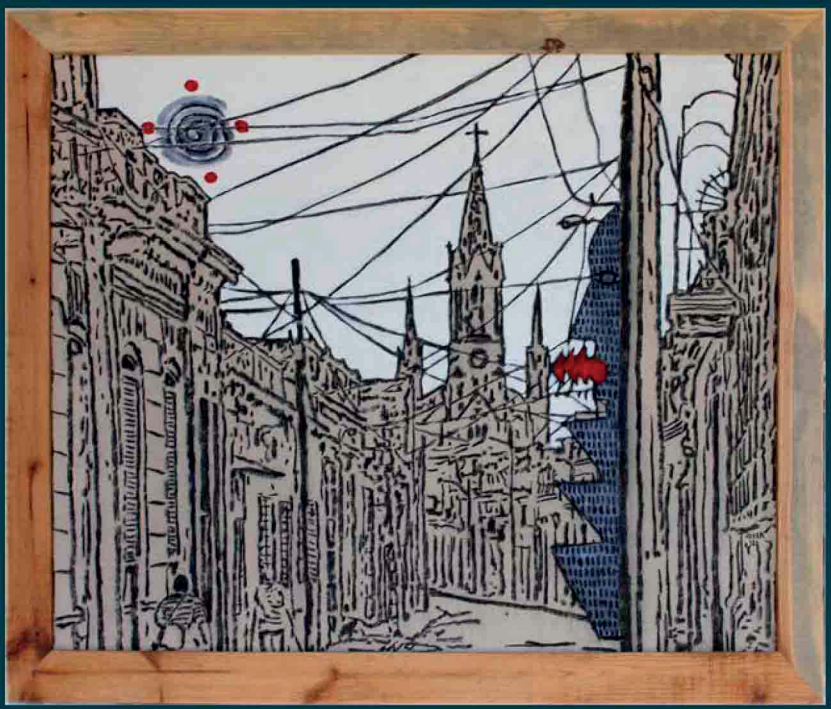
AMADO DEL PINO

Teatro escogido



TEATRO
VERBUM

TEATRO ESCOGIDO

colección **Teatro**

Dirigida por: José Romera Castillo

Textos dramáticos de autores hispanoamericanos y españoles, así como estudios sobre el teatro como género. Entre las figuras más significativas que se han publicado en la colección, destacan: Tirso de Molina, Miguel de Cervantes, Pedro Calderón de la Barca, Félix Lope de Vega, Virgilio Piñera, Abilio Estévez, José Triana, León Febres-Cordero, José Abreu Felippe, Ricardo Lobato, José Rodríguez Richart, Elba Andrade, Hilde Cramsie, Jesús González Maestro, Choi In-Hun, entre otros.

AMADO DEL PINO

Teatro escogido

EDITORIAL VERBUM

© Edición: Tania Cordero, 2018
© Del Pórtico: Leonardo Padura, 2018
© Del Prólogo: Vivian Martínez Tabares, 2018
© Imagen de portada: *El Simulador en Camagüey*, Joel Jover Llenderroso, 2012
© Editorial Verbum, S. L., 2018
Travesía Sierra de Gata, 5. Madrid 28500
✆ 910 465 433
e-mail: info@editorialverbum.es
www.editorialverbum.es
I.S.B.N.: 9788490746264E
Diseño de colección: Origen Gráfico, S. L.

Fotocopiar este libro o ponerlo en red libremente sin la autorización de los editores está penado por la ley.
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Pórtico. Amado del Pino: una sed insatisfecha 9
Prólogo. La escena como febril búsqueda de la vida 15
Tren hacia la dicha 35
Reino dividido 77
Cuatro menos 155

Pórtico
Amado del Pino: una sed insatisfecha

La muerte siempre tiene algo obsceno. La de un hombre todavía joven es de una obscenidad que roza el sinsentido. La de un amigo y colega al que, en nuestra lógica de habitantes del siglo XXI, sabemos que todavía le restaban años lúcidos por vivir, muchas cosas por hacer, decir, compartir, aprender, enseñar, pues resulta sencillamente de una obscenidad macabra, lacerante.

Mucho he pensado cómo comenzar a escribir estas palabras que quizás podían ser el prólogo de un especialista en condiciones de disertar sobre el quehacer teatral de Amado del Pino (1960-2017)., una de las figuras más intensas del teatro cubano contemporáneo. Podría ser un estudio con análisis de sus obras, sus aportes, la demarcación de su espacio dentro de la dramaturgia cubana de las últimas tres décadas, su relación con los clásicos y su modo de aprehender la realidad de su sociedad y su tiempo. Incluso podría ser un examen de su pensamiento dramatúrgico complementado con la prolija labor crítica que acumuló en más de veinte años de constancia ejemplar.

Pero no: no soy ese especialista y lo he corroborado con la lectura de algunos ensayos y acercamientos a su obra escritos por gentes conocedoras de la escena cubana y de la labor de Amado, textos que me han revelado profundidades que no conocía, aunque intuía, intenciones que no había detectado pero que sospechaba… Esto no será, pues, un prólogo especializado, sino apenas mi acercamiento e impresiones de lector y espectador de su trabajo dramatúrgico y, sobre todo, un esbozo personal de una de las muchas aristas de la personalidad de Amado del Pino: la de un hombre con una sed imposible de calmar.

Mi relación con Amado del Pino –alias Amadito, alias Amadeus, alias el Gordo, alias El Desesperaito– comenzó en los años finales de la década de 1980, cuando yo era todavía un joven novelista y periodista y él un recién llegado y más joven crítico y autor teatral de una pieza que, por su lenguaje y asunto, pronto llamó la atención de muchos: *Tren hacia la dicha* (1987). Con altas y bajas como cualquier relación personal e intelectual, la nuestra pasó por algunos momentos de distancia y muchos de cercanía, y se extendió de manera visceral y justamente dramática (como tenía que ser tratándose de Amado). hasta su penúltimo aliento de cubano irredento, ese estertor lanzado al aire madrileño desde lo que solemos llamar su lecho de muerte. Sabiendo ya lo que venía, en sus días finales se empeñó en cumplir el compromiso que había adquirido conmigo: leer la versión que por entonces yo había cerrado de mi novela *La transparencia del tiempo*, de cuyas calidades y cualidades le había pedido sus opiniones siempre confiables y meditadas. Y acá en mi casa tengo, como herencia y prueba de la amistad responsable de Amado, los folios impresos de mi texto sobre los que con el lápiz que solía utilizar, fue deslizando señalamientos, marcando correcciones, intentando reflexiones. Su escritura, casi siempre indescifrable, resulta en estas páginas, que son testigos de un esfuerzo físico y mental agónico, una especie de jeroglífico desesperado que solo una persona en el mundo parece capaz de descifrar: su compañera y hada madrina Tania Cordero. Lo más conmovedor es que, sabiendo que se le acababa la vida, Amadito intentaba cumplir el compromiso con un amigo simple y llanamente porque era justo eso: un compromiso con un amigo y ese pacto resultaba para él algo sagrado.

Si mucho pensé cómo comenzar a escribir este texto, más pensé si debía arrancar contando una historia triste y final como la que relacionó a Amado con esa novela mía y con mi persona

en sus últimos días. Porque no pretendo, ni en sueños, hablar de alguien que ha muerto, sino de una persona a la que trágicamente no le alcanzó la vida para dar todo lo que tenía, todo lo que podía. Para agotar la sed que siempre lo devoraba.

Recuerdo que desde unos años antes de su traslado a Madrid, Amado me escogió para hablar de un tema que empezó a obsesionarlo –con el añadido de su nerviosa desesperación–: el deseo o la intención de escribir una novela. En cada ocasión que nos veíamos, en unos tiempos en los que afortunadamente había logrado salir del túnel oscuro al que lo habían lanzado el alcohol, las carencias de los años 1990, la pérdida de un norte personal y social que hasta entonces mal que bien lo había guiado, Amado me contaba del nuevo proyecto teatral en que andaba envuelto, como si necesitara exorcizar las culpas de sus años perdidos y hacerlo justamente conmigo, que había sido el que más había aprovechado aquellos mismos años oscuros e históricos dedicándome cada minuto al trabajo y la creación. Su sentido de la responsabilidad había resucitado de sus cenizas y se había convertido en la obsesión que lo llevó a escribir, casi de golpe, sin detenerse a coger aire, como si hubiera salido más sediento que nunca de un desierto, sus obras *El zapato sucio* (2000).[1], *Penumbra en el noveno cuarto* (2002).[2] y *Triángulo* (2003)., que lo devolvían a la escena, al reconocimiento, incluso a los premios pero, sobre todo, a la creación y a la expresión de sus cuitas personales, sociales, ciudadanas y éticas, todo ese pensamiento atormentado que trataba de canalizar a través de la escritura teatral.

Sin embargo, Amado siempre sentía que le faltaba algo, que sus obsesiones y preocupaciones no conseguían toda la densidad que él le exigía. Y pensaba que la solución podía

[1] Premio de Dramaturgia Virgilio Piñera 2002.
[2] Premio UNEAC de Teatro José Antonio Ramos.

hallarse en la escritura de una novela. A lo largo de esos años de explosiva creación, que se continuaron en Madrid, donde nos encontramos en cada ocasión que me era posible (y siempre, desde que se le declaró su enfermedad, en cada estancia mía). Amado sacaba el tema de la escritura de una novela e, incluso, intentaba imaginar algún conflicto, una historia, un personaje que nos resultara tentador: a él como creador y a mí como su confesor novelístico.

Sin dejar de leer teatro, de escribir teatro, de reflexionar sobre el teatro con una persistencia también obsesiva, Amado comenzó entonces a leer más novelas, a descubrir autores retadores, a tratar de aprender con la lectura los artificios de la expresión narrativa. Las generosas bibliotecas públicas españolas son testigo de esta persistencia.

Pienso ahora que la insatisfacción expresiva de Amado del Pino tenía que ver con la duda que siempre acecha a los verdaderos creadores que, además, se proponen ser cronistas y cuestionadores de su tiempo vital y social. La compleja vida cubana, tan llena de contradicciones, restricciones, sueños postergados o frustrados, actitudes y, sobre todo, preguntas, resultaba para él un territorio difícil de conquistar al cual, no obstante, deseaba acceder para entender (o tratar de entender). una realidad en la que se desarrollaba su propia vida, la de sus seres cercanos, la de sus contemporáneos. Ese mundo lleno de preguntas con respuestas muchas veces poco satisfactorias le resultaba de una densidad tal que necesitaba multiplicar sus modos de aprehenderla y, por eso, no abandonó jamás la práctica de un periodismo a través del cual canalizó muchas de sus preocupaciones. Pero el sueño de escribir una novela, la urgencia expresiva más abarcadora, la sed insatisfecha de una reflexión que esperaba más profunda y plena no lo abandonaba, como todas sus mejores angustias.

Lo que no tuvimos claro entonces, ni él con su obsesión ni yo con mis consejos, fue que Amado era demasiado teatral para ser narrativo y que la novela que pretendía escribir estaba sumergida, formando parte y actuando en cada uno de sus textos dramáticos hasta hacerse evidente y manifiesto en *Cuatro menos*[3], su pieza más desestructurada dramáticamente porque es, ni más ni menos, la más organizada como relato y en la que, con descripciones, escenarios, cambios de tiempo y, sobre todo, con personajes en acción a la vez que en reflexión, escribiría su novela teatral sin saber (o al menos sin confesármelo). que la había escrito.

La sed de Amado por comprender su mundo y, en buena medida, por comprenderse a sí mismo, lo llevó incluso a moverse en territorios que antes no había frecuentado en sus obras, como es el caso de *Reino dividido*, estrenada en Cuba y España en el 2010, centrada en las figuras del poeta español Miguel Hernández y el escritor cubano Pablo de la Torriente Brau, y ubicada en los tiempos álgidos de la Guerra Civil Española. Sin duda su experiencia vital ibérica, que se extendió por diez años, tuvo que ver con esa elección. Pero, en lo esencial, con *Reino dividido* lo que en realidad se proponía el escritor era abrir una puerta más hacia lo universal, referirse a dramas humanos que anecdóticamente no se concretaban en su cotidianeidad cubana, aunque la englobaban por la vía del análisis de la responsabilidad civil del escritor, que suele ser la misma, y más en tiempos críticos.

El tramo de constantes indagaciones y de profundización de sus obsesiones recorrido por la escritura y las búsquedas de Amado queda perfectamente visible en esta antología con la constatación de la distancia que media entre su estreno como escritor édito en *Tren hacia la dicha*, la sumergida en otra realidad realizada en *Reino dividido* y el cañonazo contra

[3] Premio Internacional de Teatro Carlos Arniches, 2008.

prejuicios, limitaciones, incomprensiones y hasta represiones que dispara en *Cuatro menos*.

Si con la escritura teatral, cada vez más narrativa, Amado del Pino conseguía exorcizar tantos fantasmas –la soledad, el alcoholismo, el desafío del acto creativo, la insatisfacción social, el exilio y un largo etcétera–, ¿por qué hasta nuestros últimos encuentros en su apartamento madrileño o en los cafés donde nos citábamos y bebíamos eso, café, Amado siempre me hablaba de la novela que debía, quería, necesitaba escribir?

La respuesta ya no está con nosotros. O sí. Porque la cifra mágica puede ser apenas esa sed insaciable de encontrar retos y realizaciones, de establecer diálogos y hacer preguntas con las que vivió cada uno de los días de su vida como creador. Esa sed que lo llenaba de planes y proyectos cuando ya se sabía marcado por la muerte y que lo obligaba a luchar (o, como solíamos decirnos: a "guapear sin recoger cabos")., porque la sed persistía, el tiempo faltaba, la ambición creativa se mantenía intacta y, mientras escribía sus últimos diálogos teatrales, algún guión de supervivencia, el periodismo de urgencia, esa cabrona y persistente sed no lo abandonaba y Amadeus me repetía que seguía pensando en escribir una novela. Quizás la novela de su vida: la de un artista que se vio abocado al exilio sin sentirse jamás un exiliado, la de un hombre universal que jamás dejó de ser el guajirito de Tamarindo y fanático del equipo de pelota de Ciego de Ávila, del hombre que fue capaz de vencer sus debilidades, de caer doce veces y levantarse siempre, de escribir como un loco para no volverse loco. Pero siempre fabricando sueños y, con ellos, dar un paso más, y otro, y otro. Sin perder la sed que jamás satisfizo y con la que se fue, con la que nos dejó, llenos de preguntas sin respuestas.

LEONARDO PADURA,
Mantilla, septiembre de 2017.

Prólogo
La escena como febril búsqueda de la vida

Hace casi ¡veintinco años! tuve la grata experiencia de integrar, junto a Rine Leal y Raquel Carrió, el grupo de selección que eligió las obras teatrales que distinguiría con su publicación la primera entrega de la Colección Pinos Nuevos, como un impulso en tiempos de crisis económica para escritores noveles, concretado al año siguiente.[1] El más experimentado de los seis autores que escogimos por decisión unánime –sobrepasando la convocatoria de cinco– era Amado del Pino con *Tren hacia la dicha*, su segunda obra conocida luego de que se graduara de la Licenciatura en Teatrología y Dramaturgia en el Instituto Superior de Arte con *El fósforo sobre la paja seca*, en 1982. Ya *Tren hacia la dicha* había aparecido en la revista *Tablas* –viví con el autor la experiencia de editarla y manosearla por dentro, como parte que éramos, ambos, de la redacción de la revista–,[2] había merecido una mención en el Premio 13 de Marzo de la Universidad de La Habana, subido a la escena con dos montajes –del Conjunto Dramático de Pinar del Río y del Teatro de Arte Popular, en La Habana–,[3] se había adaptado para la televisión y la radio, se incluiría en una antología de autores significativos nacidos después de 1950,[4] lo que representó para

[1] Ver Amado del Pino: *Tren hacia la dicha*, Colección Pinos Nuevos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994.

[2] Amado del Pino: *Tren hacia la dicha*, en *Tablas* n. 3, jul.–sept. 1987, encarte. Ver también en esa edición Rosa Ileana Boudet: "Cinco personajes en busca de la dicha", pp. 29–33.

[3] En 2005 la montaría también Mario Morales con el grupo Teatreros de Orilé.

[4] Amado del Pino: *Tren hacia la dicha*, en *Morir del texto. Diez obras teatrales* (Rosa Ileana Boudet, antologadora)., Ediciones Unión, La Habana, 1995, pp. 215–251.

el dramaturgo un fogueo importante, que complementaba con el cultivo de su vocación pionera como joven poeta enamoradizo, desaforadamente ávido de lecturas –como comentaba admirada una maestra suya–, y el ejercicio regular de la crítica teatral en diversos medios, desde la prensa plana y la radio hasta revistas culturales y especializadas.

Amado venía de regreso de una práctica que le había puesto en contacto con la creación desde dentro del teatro, al desempeñarse como asesor del Conjunto Dramático de Camagüey en cumplimiento del Servicio Social entre 1982 y 1985, recién graduado del ISA, y del entrenamiento editorial como miembro del equipo de la primera época de *Tablas*, desde donde se sometían a exhaustivo escrutinio tanto la escritura textual como las ideas que generaba la dinámica viva de estrenos y reposiciones de la escena cubana, en diálogo con la teoría y la historia, y donde compartimos horas de divertido aprendizaje. Comenzaba entonces a consolidar una voz sobre las tablas que solo detendría su muerte el 22 de enero de 2017, en Madrid. Esa voz está marcada por una identidad inconfundible, que puede percibirse en regularidades presentes en los tres textos que siguen (*Tren hacia la dicha*, *Reino dividido* y *Cuatro menos*)., cada uno representativo de diversas etapas e improntas en su trayectoria dramatúrgica, elegidos certeramente por él mismo y al cuidado de su inefable compañera y albacea Tania Cordero, a quien agradezco el privilegio de presentarlos al lector español e hispanohablante de más allá del ámbito insular.

La vocación de articular la cultura libresca y la popular en los referentes y en el lenguaje, que sabe recrear la gracia de nuestro español y sortear lo soez y jugar con lo coyuntural inmediato; el interés por lo cubano desde el apego a la tradición y el gusto por indagar en ambientes domésticos y provincianos ligados con

su propio origen –nacido y crecido en Tamarindo, un pueblo del interior de Ciego de Ávila–, pero también barriales, imaginados a partir de las vivencias adultas en San Miguel del Padrón, El Vedado, El Cerro o Centro Habana y de la disposición al intercambio con la gente de a pie; el examen de costumbres por medio de un realismo poético que no elude el componente sentimental y lo emotivo en el comportamiento de los personajes, son algunas de estas constantes. Se trata de rasgos que también se manifiestan en las preferencias del autor, a través de sus facetas de investigador y crítico, por temas y aristas afines de la creación teatral cubana que alimentan tanto su obra ensayística como artículos, reseñas valorativas y entrevistas, en orgánica coherencia.[5]

La obra en un acto *Tren hacia la dicha* rezuma numerosas claves autorreferenciales que, aun sin hacerse explícitas pueden inferirse por el lector perspicaz, pues ellas impregnan a los parlamentos y acciones de un profundo sentido humanista, gracias a la honestidad con que el dramaturgo recrea y pone en el centro de atención contradicciones humanas existenciales, ligadas con la complejidad de las relaciones interpersonales y de pareja, y con la necesidad del individuo de complementarse en otro, de ser parte activa de un medio social. Amado procesaba con madurez sus propias experiencias juveniles, su impronta de gordo jaranero y ocurrente, amante del teatro tanto como de la pelota y admirador del sexo opuesto.

En la edición primera de *Tren…*, el escriba anota que un cuento de Chejov le había servido de "acicate creador" aunque las diferencias esenciales en relación con el original impedían hablar de una versión, acotación que luego fue suprimida de

[5] El lector puede consultar Amado del Pino: *Sueños del mago*, Ediciones Alarcos, La Habana, 2004, y *Teatralidad y cultura popular en Virgilio Piñera*. Ediciones Verbum, Madrid, 2013.

otras publicaciones, lo que extraño, porque define muy bien la capacidad del dramaturgo para procesar una fuente, apropiarse de un sentido de la acción dramática y dotarla de espíritu y aliento propios. Otras acotaciones, esas sí conservadas, revelan una cabal comprensión de la esencia de la teatralidad como juego, como artificio y espacio para un mundo re–creado, cuando al caracterizar al personaje principal del Recién Casado, anota: "Poco más de treinta años. Lo más importante no es su edad ni su aspecto físico. El actor deberá buscar, sobre todo, su espíritu, su temperamento y sus contradicciones". También cuando prioriza de la convención espacial para crear el coche del tren en movimiento, que las soluciones escénicas sean "sencillas, entre la naturalidad y el desenfado (…). en un espacio que asegure el contacto cálido con el público, buscando una atmósfera de intimidad y cercanía", un principio sobre el que volverá con distintas palabras.

El dramaturgo reúne cinco personajes –uno de ellos episódico–, y crea un micro mundo en el que se cruzan diversos temperamentos, estratos sociales y culturales, procedencias, generaciones y estados de ánimo; los involucra en un equívoco que nunca se resolverá del todo acerca de la ruta del tren, y refiere una presencia evocada que tampoco llegará a concretarse. Así traza las coordenadas de un viaje físico a través de la geografía cubana que es, a la vez, un viaje de exploración humana que cada uno de los pasajeros vivirá a su modo, entre los parlamentos exaltados del "tipo que quiere estar siempre contento, pero tiene la mala maña de ser demasiado sentimental", joven recién casado que enlaza una exclamación con otra, y que de tanto proclamar su felicidad, entre el escepticismo del Pasajero, las ansias insatisfechas de la Pasajera 1 y el fastidio de la Camarera hacia su suerte y oficio, nos hace sospechar de casi todo lo que dice. Pero entre

bromas y confesiones mutuas, que también componen un contexto reconocible, la tenacidad de su entusiasmo vencerá resistencias, alejará preocupaciones y resabios de los otros y, juntos, crearán una instancia de esperanza en la que cual algo como la felicidad parece alcanzable. El espíritu soñador, la imaginación y el amor por la vida, cualidades que el bisoño personaje hereda de su creador, logran desterrar las miserias de la cotidianidad al menos por el tiempo que dura el viaje a un destino del que nadie está seguro, pero ya ninguno será el mismo. *Tren…* trascenderá fronteras con ediciones y montajes en Latinoamérica.[6]

Amado del Pino no vuelve a publicar otra pieza teatral hasta *El zapato sucio*, en 2003, enfrascado como estuvo en varios trabajos en los que primó el ejercicio teatrológico desde varias posiciones, pero estoy segura de que esta obra marcó un hito para que, definitivamente, decidiera dedicarse con mayor resolución al oficio de la dramaturgia, sin abandonar la investigación ni la crítica. *El zapato sucio* había ganado el Premio Virgilio Piñera en su primera convocatoria de 2002, por veredicto de un jurado de primera línea, integrado por Abelardo Estorino, Raquel Carrió y Gerardo Fulleda León, quienes destacaron de la obra en tres actos y dos delirios –y véase el avance en términos de complejidad estructural– "su intensidad dramática, autenticidad y manejo de recursos expresivos para revelar facetas complejas

[6] Fue incluida también en *Antología didáctica del teatro latinoamericano contemporáneo* (Oscar Armando García, editor y Ricardo García Arteaga, et. al., comp)., UNAM, México D.F., 2012, en el que comparte páginas, entre otros, con un maestro como Mauricio Kartun. En México se había puesto en escena por Enrique González con la Escuela de Iniciación Artística /INBA, en 2007. Ver http://www.acatlan.unam.mx/repositorio/general/NotiFESA/2007/notifesa–2007–08–30.pdf y publicada en 2007 en la sección Publicaciones/Dramática Latinoamericana del CELCIT, en Argentina. Ver http://www.celcit.org.ar/publicaciones/biblioteca–teatral–dla/?q=Amado%20del%20Pino&f=&m= (263).

de la realidad cubana contemporánea y sus protagonistas, con sinceridad y alto nivel emocional".[7] Fue publicada dos veces –sola y como parte de una recopilación– en la Colección Aire Frío de Ediciones Alarcos –convocante al Premio junto con el Consejo Nacional de las Artes Escénicas y el Instituto Cubano del Libro–, y luego por la Editorial Letras Cubanas como parte del tomo *Teatro*, con otras tres obras del dramaturgo y un excelente prólogo de Osvaldo Cano; en Argentina por el Instituto Nacional de Teatro junto con obras de Luis Cano, Marcos Damaceno, Lucía de la Maza, Victor Viviescas, Ángel Norzagaray, Jaime Nieto y Sergio Blanco, y más recientemente fue electa para abrir la antología *Dramaturgia Cubana Contemporánea*, editada por Paso de Gato, en México, con diez textos de autores cubanos de dentro y fuera de la Isla. Fue también el texto de Amado ganador del Premio de la Crítica Literaria a los mejores libro del año en Cuba, y elegido por el investigador español José Luis García Barrientos para ser objeto de estudio en el libro *Análisis de la dramaturgia cubana actual*.[8]

---

[7] Ver Amado del Pino: *El zapato sucio*, Ediciones Alarcos, La Habana, 2002, texto de solapa.

[8] Además de la edición citada, ver Amado del Pino: *El zapato sucio*, en *Teatro cubano actual*, Colección Aire Frío, Ediciones Alarcos, La Habana, 2003; Amado del Pino: *El zapato sucio*, en *Teatro*, Colección Repertorio Teatral Cubano, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2005, pp. 85–122 (contiene también *Tren hacia la dicha*, *Penumbra en el noveno cuarto* y *Triángulo* y el estudio de Osvaldo Cano "Poesía y crudeza sobre la tela de una araña", pp. 5–42); Amado del Pino: *El zapato sucio*, en *Nueva dramaturgia latinoamericana*, selección y prólogo de Carlos Pacheco, Instituto Nacional de Teatro, Buenos Aires, 2005, pp. 141–164; Amado del Pino: *El zapato sucio*, en *Dramaturgia Cubana Contemporánea. Antología* (Ernesto Fundora, compilación y prólogo)., Paso de Gato–Toma–Conaculta, México D.F., 2015, pp. 33–62, y Ulises Rodríguez Febles: "Aún con el zapato sucio (Dramaturgia de *El zapato sucio*)." y "Claves de la dramaturgia de Amado del Pino" en: José Luis García Barrientos (Director).: *Análisis de la dramaturgia cubana actual,* Col. La Selva Oscura, Ediciones Alarcos, La Habana, 2011, pp. 65–93 y 95–117, respectivamente, y

Si me detengo a detallar la saga editorial cumplida es para hacer notar su trascendencia nacional e internacional, a lo que aun habría que añadir su inclusión en el programa de estudios del Departamento de Drama de la Universidad de Puerto Rico, con invitación incluida para que el autor dictara conferencias, y en el de Dramaturgia del Instituto Superior de Arte de La Habana. Estrenada en 2002, no ha tenido aún, sin embargo, la realización escénica que merece. Y, curiosamente, su ausencia del repertorio vivo de la escena cubana actual evidencia tensiones y atomizaciones internas entre la escritura teatral en solitario y la dramaturgia espectacular aún latentes en esos años.

Enclavada en su presente histórico, aprehendido como devenir de causas y efectos, *El zapato sucio* contribuyó en su momento, junto con otros textos, a abrir un camino necesario y revertir la situación imperante al marcar, como afirmé,

…la presencia en el escenario de temas relacionados con la actualidad nacional desde la trama y la construcción de los caracteres, otra faceta también casi ausente en los últimos tiempos, en los cuales la mayor parte de los directores –y casi siempre, los más reconocidos—han optado por la relectura de clásicos o la rescritura escénica de obras de la dramaturgia internacional, no siempre en un diálogo fecundo y vivo, suficientemente articulado con las contradicciones del espectador de estos tiempos.[9]

El zapato sucio retoma motivos temáticos de *Tren hacia la dicha*: la perspectiva confesional, el viaje de conocimiento y confrontación, la dicotomía entre el miedo a la soledad y el

---

Serie Análisis Teatral, Antígona, Madrid, 2016, pp. 53–73 y 74–90, respectivamente. Y en http://www.celcit.org.ar/publicaciones/biblioteca–teatral–dla/?q=Amado%20del%20Pino&f=&m= (264).

[9] Vivian Martínez Tabares: "Azarosas andaduras para un zapato sucio", en *Pensar el teatro en voz alta*, Colección Contemporáneos, Ediciones Unión, La Habana, 2008, p. 215.

riesgo de la compañía en pareja, entre otros, y los expande con madurez conceptual y en el tratamiento dramático. Al mismo tiempo la pieza comporta una vocación política que no abandonará la obra de Amado e irá creciendo, al incorporar aspectos polémicos como la emigración, la doble economía –con las dos monedas circulantes en Cuba– que condiciona y determina otras dualidades, tensiones de carácter ético que impactan lo individual y lo social, la construcción de la masculinidad, prejuicios raciales, diferencias generacionales y entre modos distintos de ver la vida e insertarse en el mundo, y al contraponer pares como pragmatismo vs. consecuencia, lo material inmediato vs. lo espiritual reflexivo, entrecruzados con efectividad.

El Acto Primero es brillante en la exposición de las contradicciones desde diversas aristas y al contraponer las apreciaciones del Muchacho y del Viejo sin alineaciones esquemáticas. "Me estoy volviendo más viejo y gruñón que tú", dice el hijo, y al final, el padre le lleva ventaja al decidirse a defender el pequeño lapso de disfrute personal que le queda y cuando insta al joven a no menospreciar y salvar lo que ha conquistado. Los delirios, intercalados entre los actos, son espacios de la memoria fragmentada, viajes al pasado que evocan la infancia, a personas que no están, la educación sentimental, el descubrimiento del sexo y la crudeza del acto sin amor; el malestar por la dificultad en entender las contradicciones de la realidad, a veces rayanas en el absurdo, todo lo que refuerza la acción presente. Justo en el medio del Acto Segundo detona el motivo nodal: la razón de la llegada del Muchacho, que en hábil manejo de la intriga se consumará en anagnórisis en el Tercero para desatar el desencuentro.

Articulada con otros referentes ideotemáticos de la tradición teatral cubana, deudor de Estorino y Piñera, *El zapato…* retoma *Los hijos* (1983)., de Lázaro Rodríguez –una obra que Amado ad-